CON OCASION DE LA PAZ

HECHA

ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA

EL AÑO DE 1795.

Corrieran ya dos lustros, que en sosiego
Sobre el regazo de la paz hermosa
Nuestra region yacia;
En que dormido el fuego
De la discordia atroz, la espada ociosa
Entre el polvo y orin se consumia:
Nada turbó las cándidas auroras
De tan dulce quietud; logró en su asilo
El labrador tranquilo
Ver coronadas de su afan las horas.

Mas sangre y fuego respirando viene
Con violento ademan Mavorte fiero,
Y á la cumbre escarpada
De la antigua Pirene

Sube ardiendo en furor: cruxe el acero
De su carro espantoso, y empuñada
La mortífera lanza que blandea,
Mueve sañudo la exêcrable frente,
Y en su rabia impaciente
Cebarse en llanto y mortandad desea.

Tronó su voz: al escucharla entonces
El suelo en luto y en pavor gemia:
Destrozado, oprimido
Con los enormes bronces
Vió la flor de la Hesperia, que corria
De la bélica trompa al gran sonido.
¡Míseros! id donde el honor os lleva
Ardiendo en ansia de funesta gloria;
Volad á la victoria,
Y haced de vuestro aliento heroyca prueba.

¿Qué lograreis? el monstruo abominable
De vuestra insana ceguedad riendo
Da la señal: ya sube
Del cañon formidable
Al cielo vuestros crímenes diciendo

De fuego y humo la ondeante nube.
Retumba el ayre, y pavoroso esconde
Los gritos, el terror, el triste estrago:
El amago al amago,
La cólera á la cólera responde,

Muerte horrible á la muerte. Así espantoso
Bate las altas cimas de Apenino
El Aquilon sañudo:
Á su ímpetu fragoso
El cedro añoso y el soberbio pino,
Sin encontrar á su defensa escudo,
Caen: y el hondo valle estremeciendo
Por los ecos alígeros llevado,
Asorda dilatado
De caverna en caverna el ronco estruendo.

Y enmedio de la lucha fulminante
Es el furor tan bárbaro y tan ciego,
Que ni la tierna esposa,
Ni la afligida amante,
Templar podrán de la contienda el fuego
Con su memoria tierna y dolorosa.

Todo cae, agoniza, y los crueles
Tal vez aspiran á dorar su estrago
Con el falaz halago
Del espléndido triunfo y sus laureles.

No, que en torno á la rueda sanguinaria
Van la viudez y la orfandad que lloran.
¡Oh xefes de la tierra!
¿La mísera plegaria
No escuchais de los pueblos que os imploran?
Poned en fin un término á la guerra:
Y si el rayo, el relámpago y los truenos
Vuestro poder mostráron á porfia,
Ya es bien que la alegria
Os descubra apacibles y serenos.

Y la dais, y mandais que la paz sea;
Y ella en alto levanta de su oliva
La sacrosanta rama:
¿No veis qual centellea
El gozo universal, y quan festiva
Os bendice la tierra, y os aclama?
¡Salud, divina paz! ¡Deidad amiga

De la vida y del bien! Ven, y en contento
Convierte el desaliento,
Y en sosiego apacible la fatiga.

¡Eterna exêcracion al insensible
Que derribe tu altar, que abra la senda
Á los atroces males,
Al escándalo horrible
Que la sangrienta y bárbara contienda
Precipita en los míseros mortales!
¡Exêcracion eterna al inhumano,
Mas que peste cruel infausto al suelo,
Quando en terrible anhelo
Arda el acero en su homicida mano!

Y sin duda arderá: corren veloces
Los rios á la mar; nosotros ciegos
Al crímen y á la muerte
Nos llevamos feroces,
Sin atender á los humildes ruegos
De la virtud, sin escuchar la fuerte
Leccion del tiempo, que incesante clama.
¡Triste destino! El hombre fascinado

Va siempre al carro atado
De la ambicion frenética que brama.

¡Ah! si negado á tantos escarmientos
Siempre ha de ser que el universo gima
En guerra y en crueldades;
Dexad vuestros asientos,
¡Oh montes! y cayéndonos encima,
Feneced de una vez tantas maldades.
Irrita, ó Ponto, tus voraces ondas,
Hasta que sepultado el ancho mundo
En su abismo profundo,
Por siempre allí nuestra impiedad escondas.

ARIADNA.

ESCENA PARA CANTARSE.

Se supone á Ariadna sentada en una actitud profundamente triste sobre una peña á la orilla del mar: de un lado una tienda: á otro un gran peñasco que se encorva sobre las aguas.

¡Nadie me escucha!... ¡nadie!... el eco solo,
Eterno compañero
De este silencio lóbrego responde
Á mi agudo clamor, y mudamente
Mi mal aumenta, y mi dolor presente.

¿Y es aquesto verdad? ¿pudo Teseo
Sin mí partir, y pudo
Desampararme asi?..... ¡Pecho de bronce,
De todo amor y de piedad desnudo!
¿Qué te hice yo para tan vil huida?
Le vi, le amé; mi corazon, mi vida,
Toda yo suya fui, toda..... el ingrato,
¿Qué no me debe?..... Encadenado llega

Á la cretense playa
Destinado á morir: su sangre odiosa
Al monstruo horrible apacentar debia,
Que en la prision del laberinto erraba.
¿Qué hubiera él sido sin la industria mia?
Entra, combate, vence, y coronado
De nueva gloria se presenta al mundo.
Esto era poco: enfurecida y ciega,
Frenética despues mi hogar, mi padre,
Todo lo olvido á un tiempo, y me confio
Al amable impostor, enagenado
Con su halago y su amor mi tierno pecho:
¡Falso amor, falso halago! ¿Qué se han hecho
Pasion tan viva y perdicion tan loca?
Yo lloro aquí desesperada, en tanto
Que el pérfido se rie
De mi amor lamentable y de mi llanto.

Pero no, no es posible
Que tan amantes lazos
Los haga asi pedazos
La negra ingratitud.

Levántase exâltada hácia la tienda.

Dame, ¡lecho! á mi bien... ¡Ah! tú, que fuiste
De mi gloria testigo, mira ahora
El triste afan que mi interior devora.
¡Asi mientras sus labios me halagaban,
Y en tanto que sus brazos me ceñian,
Ya allá en su pecho las traiciones viles
Este lazo fatal me preparaban!
¡Oh union inconcebible
De perfidia y placer! ¡con que engañoso
Puede ser el halago, y la ternura
Lleva tras sí maldad y alevosía!
Yo triste, envuelta en la inocencia mia,
Al delirio de amor me abandonaba:
Tú sabes qual mi seno palpitaba,
Tú viste qual mi sangre se encendia,
Y como de su boca engañadora,
Deleyte, amor y perdicion bebia.

Dos ayer éramos,
Y hoy sola y mísera

Me ves llorando
Á par de tí.
Mira estas lágrimas,
Mírame trémula,
Donde gozando
Me estremecí.
¿Qué se hizo el pérfido?
Mi angustia muévate,
Y haz que volando
Torne hácia mí.

Vuelve, adorado fugitivo, vuelve,
Yo te perdono. El ardoroso llanto
Que ora inunda mi rostro, y me le abrasa,
Enxugarás: reclinaré en tu pecho
Mi atormentada frente, y aplicando
Tu mano al corazon, verás qual bate
De anhelo palpitante y alegría.
Mas, ¡oh mísero y ciego devaneo!
Mientras imploro al exêcrable amigo,
Lleva el viento consigo
Mi gritar, mi esperanza y mi deseo.

¡Y esto, oh Dioses, sufris! ¡y va seguro
Y contento el perjuro
Por medio de la mar, que le consiente
Sin abrirse y tragarle!.... ¡Oh tú, divino
Astro del claro dia, sol luciente,
Sagrado autor de la familia mia! [4]
Mira el trance terrible á que he venido:
Mírame junto al mar volver llorando
La vista á todas partes, y en ninguna
Asilo hallar á mi fatal fortuna:
Mírame perecer sin un amigo
Que dé á mi suerte lamentable lloro:
¿Donde, donde volverme? ¿á quien imploro?

Muerte, no hay medio, muerte: este es el grito
Que por do quiera escucho: esta la senda
Que encuentro abierta á mi infelice suerte:
Brama el mar, silba el viento, y dicen muerte.

Y muerte hallaré yo..... las ondas fieras
Que senda amiga al seductor abriéron,
Me la darán..... ¡que horror! un sudor frio
Baña mi triste frente, y el cabello

Se eriza..... Si..... las veo:
Las furias del averno me arrebatan
Tras de sí á fenecer..... voy desgraciada
Víctima del amor.....
.....¡Ah! ¡si el ingrato
Presente ahora á mi dolor se hallara,
Quiza al verme llorar, tambien llorara!
¡Mas no, mísera! muere: el mar te espera,
El universo te olvidó: los dioses
Airados te miráron,
Y sobre tí, cuitada, en un momento
El peso de su cólera lanzáron.

¡Oh! ¡que triunfo tan bárbaro y fiero!
Avergüénzate, cielo tirano,
Avergüénzate, ó doblá inhumano
Mi tormento y tu odioso rencor.
¿Dudo? ¿temo? ¿á qué atiendo? ¿qué espero?...
Dame, ¡oh mar! en tu seno un abrigo,
Y las ondas escondan conmigo
Mi infortunio, mi oprobio y mi amor.

Arrójase al mar.

EN LA PUBLICACION

DE LAS POESÍAS

DE MELENDEZ.

¡Gloria al grande escritor, á quien fue dado
Romper el sueño y vergonzoso olvido
En que yace sumido
El ingenio español, donde confusas,
Sin voz y sin aliento
Se hunden y pierden las sagradas musas!

Alto silencio en la olvidada España
Por todas partes extendió su manto,
Quando tu hermoso canto
Resonando, ¡oh Melendez! de repente,
De orgullo y gozo llena
Se vió á tu patria levantar la frente.

Tal en la noche de los siglos densas
Crecer las nieblas de ignorancia viendo

Natura, y sacudiendo
El ocio letargoso en que yacia,
Dixo, que Homero sea,
Y Homero nace, y resplandece el dia [5].

Bellos como la luz, tersos y puros,
Bien como el fondo del etéreo cielo,
Gratos aun mas que el vuelo
Del céfiro sonante en el estío,
Quando las hojas mueve,
Y templa el rayo en delicioso frio;

Tus armoniosos versos á raudales
Del manantial fecundo se arrebatan,
Do fieles se retratan
Las flores y los árboles del suelo,
Las sierras enriscadas,
Las bóvedas espléndidas del cielo.

¡Cisnes del Pindo! amable Anacreonte,
Tú que de estro y amor mientras vivias,
Mísera Safo, ardias,
Y tú, divino Píndaro, que elevas

En tu atrevido acento
Con tu nombre clarísimo el de Tebas;

Volad hácia las playas de occidente
Desde la cumbre de Helicon divino,
Y ved el gran destino
Con que se ensoberbece el suelo iberio
Mirando en su poeta
Vuestra alta gloria y vuestro dulce imperio.

Ornan las gracias su celeste lira
Quando el canto de amor en ella suena:
Y apacible y serena
La belleza en sus versos vencedores
Se goza retratada,
De rayos coronada y resplandores.

Seguidle luego á los amenos campos,
Á la abundosa y apacible vega
Que el claro Tormes riega;
Y al levantar su pastoral acento
Ved florecer las rosas,
Reir el prado, embebecerse el viento.

¿Mas do su musa rápida se esconde?
¿Donde se eleva? Á su ambicioso pecho
El orbe vino estrecho
Y al eter se encumbró: gozosa mira
Baxo de sí las nubes,
Y el campo inmenso del espacio gira.

¡Vosotros solos, númenes del canto,
Le seguireis! Desde el fanal de Apolo
Al rutilante polo
Todo lo abarca en su inmortal porfia,
Y de fulgor se llena,
Y torrentes de lumbre al mundo envia.

A esta pompa magnífica, á los ecos
De aplauso universal que resonáron,
Sus cuellos agitáron
Las sierpes de la envidia; y de su seno
Ya á lanzar se aprestaban
Con torpe lengua el infernal veneno;

Quando un Genio gritó ¡monstruos odiosos!
¿Qué sois, decid, para alcanzar victoria

De tan hermosa gloria?
Sabed que nunca de la niebla umbria
El insensato orgullo
Vencer presume en claridad al dia.

Admirad y callad: dixo. La envidia
Vióse aterrada, y su furor fue vano:
Y el Genio abrió su mano,
Y el lauro descendiendo omnipotente
Al inmortal poeta
Cercó de rayos la gozosa frente.

A D. NICASIO CIENFUEGOS.

Tú, á quien el cielo con benignos ojos
Miró desde el nacer; tú, en cuyo pecho
Imprimió la virtud, y en larga mano
El don divino de pintarla diera,
Nicasio respetable ¿por qué tardas?
¿Y á la amistad que ansiosa te desea
No te abandonas? De enlazados ramos
Espacioso dosel ora me ampara
Del crudo ardor del polvoroso estío:
Y los inquietos céfiros vagando
En dulce fresco, en movimiento y vida
Los senos bañan del jardin: mi mente,
Desalada entre tanto hácia tí vuela.
Vuela hácia tí, que á tu pesar sumido
En ese abismo pestilente y ciego,
Los campos y las selvas solitarias
Buscas, y aun dudas, y á gozar te niegas
Placer tan puro y celestial conmigo.

¡Oh! no tardes, no tardes: bien tus pasos
Lleves al bosque oculto, bien la vista
Tiendas alegre en la abundosa vega,

Ó la dulce corriente te embelese
Del rio encantador; todo te llama
Con delicioso afan, todo convida
Tu enérgico pincel. No aquí ambiciosa
Natura ansiára desplegar su inmenso
Poder, y ornada en magestad sublime
Nuestra vista asombrar: guardó el espanto,
Guardó el terrible horror allá do esconde
Su frente el Apenino entre las nubes.
Cubrenle en torno las eternas nieves
Que en vano bate el sol: si el viento suena,
Es proceloso el austro en cuyas alas
Retumba el trueno: entonces los torrentes
Baxan furiosos á asolar los valles.
¿Qué es allí el hombre? Estremecido y solo,
Atónito se para, y no cabiendo
Impresion tan soberbia en sus sentidos,
Al mudo pasmo y confusion se entrega.

Graciosa empero aquí, dulce, apacible
Sus dones todos liberal reparte
Naturaleza, y con placer se rie.
Tal la beldad en su primer oriente

De gracias solo y suavidad bañada
Suele mas tierna embelesar los ojos,
Y el corazon herir. Nicasio, el mio
Mas amó siempre que admiró. Do quiera
Ternura aquí y amor: ¡oh quantas veces,
Quantas mirando las sociales vides
Enlazarse á los olmos, y lozanas
Entre los ramos de su verde apoyo
Sus hojas ostentar, y alegre fruto,
En dulce llanto se bañó mi pecho!
¡Quantas pavesas del incendio antiguo
Plácidas se aviváron! los suspiros,
Las ansias tiernas, la inquietud dichosa,
Las delicias inmensas que algun dia
Me inundáron ¡ay Dios! y acaso huyéron
Para nunca volver: todas voláron,
Todas á un tiempo con igual ternura
Me asaltáron allí: si desparece
Y huye el amor, á la memoria acuden
Padre, hermanos y amigos, y en un punto
Afectos mil que á penetrar mi seno
Aquel boscage solitario inspira,
Y absorto y melancólico me llevan.

Lejos allá su placentero ruido
La bullente cascada precipita
Por el senoso peñascal, adonde
Su curso rompe murmurando el rio.
Corro y le miro, ¡oh que placer! furioso
Del dique opuesto á su violencia en vano
Clamoroso agitarse, alzar la espalda,
Luchar, vencer, herbir, y en alba espuma
Deshecho y raudo arrebatarse al llano.
Vaga la vista entre los dulces juegos
Que mil y mil con variedad graciosa
Mágica el agua á su mirar presenta.
Bañan en ella sus sedientas alas
Los apacibles céfiros, y llenos
De su grato frescor, en vuelo alegre
Van á esparcirlo á la tendida vega:
Mientras en dulce gratitud riendo
La dócil caña, el intratable espino,
Y el álamo gentil en la ribera
Sus ramos tienden á besar las ondas.

Ondas preciosas, que el colono activo
Supo en raudales dividir, y en ellos

Llevar la vida y la abundancia al campo.
Siquiera el cielo en su rigor se obstine
En negar el vivífico rocío,
Don de las nubes: los endebles diques
Rompe seguro el rústico, y al punto
Vieras la tierra que inundada embebe
El cristalino humor, y fuerzas nuevas
Con él cobrando, engalanar su frente
Un fruto y otro fruto, y cien tras ellos.

Asi la vista por do quier se baña
En verdura eternal; asi Pomona
Tiende su manto, y pródiga derrama
Del almo cuerno el celestial tesoro.
¿Qué mucho si su templo delicioso
Le plugo aquí sentar, y aquí adorada
Del hombre ser? Todo la acata. El rio
En dos partido con ardor la ciñe,
Y ella en sus brazos y en su amor se goza.
Yo allí, mientras los árboles se mecen
Al son del viento, en tanto que á sus hombros
Sube contento las opímas cargas
El hortelano, y las zagalas rien

En trisca alegre y bullicioso juego;
Llego al altar de la deidad que en medio
Reyna, ostentando su silvestre pompa,
Y á reverencia y religion me inclina.
¡Árboles prodigiosos! ¿quál la mente
Que asi os quiso agrupar? ¿quál fue la mano
Que asi os plantó? De magestad vestido
El añoso nogal su cima alzando,
Hasta la cumbre del olimpo alcanza;
Sube, y en su ambicion tiende los brazos
Lejos de sí, qual si ocupar con ellos
De la esfera los ámbitos quisiera:
Y eternos á par de él, y á par sublimes,
Seis lúgubres cipreses los luxosos
Ramos le cercan, y en su faz sombría
La luz quebrantan del ardor febéo.

¡Oh delicias! ¡oh magia! ¡oh como hundida
Baxo esta hermosa bóveda se lleva
La mente á meditar! ¡qual se engrandecen
Sus pensamientos! y á la par mirados,
¡Quan breve el hombre, y su poder, su gloria,
Toda su pompa! ¡oh que de veces viéron

De su opulento dueño aquestos troncos
La afanosa inquietud! ¡quantas en vano
Con su grato silencio le brindaban
Al reposo, á la paz, y él orgulloso
En pos del mando y la ambicion corria!
¡Que de delitos no abortó el insano
Para saciar su ardor! Bañóse en sangre,
Domó la tierra, ¿y qué logró? estas plantas
Le viéron perecer, y ellas quedáron.
Quedáron á esparcir sus ramos bellos
Sobre mí, que inclinado y reverente
Canto su gloria, y vivirán: testigos
Serán, ¡ay! de mi fin, quando á su ocaso
Llegue el aliento de mi endeble vida.
Todo al tiempo sucumbe: ellas un dia,
Ellas tambien..... ¡Ah bárbaro! repara
La inclemente segur: muévante al menos
Su sacro horror, su venerable sombra,
Su augusta ancianidad. ¿Pudo hasta entonces
Respetárlas el tiempo, y tú atrevido
Su hojosa copa abatirás? Detente,
Detente, y no en un punto asi destruyas
La gloria del vergel. Nogal frondoso,

010383

Altos y melancólicos cipreses,
Para siempre vivid; y que el ingrato
Cuya mano sacrílega se atreva
Vuestros troncos á herir, jamas encuentre
Sombra refrigerante en el estío
Quando le ostigue el sol; nunca reposo,
Nunca halle paz, y de su injusto pecho
Huya por siempre la inocencia amable
Que en el campo y los árboles se abriga.

Lejos empero de la frente mia
Tan lúgubre pensar. Á Dios, cipreses,
Pomona á Dios: los álamos del bosque
Ya con su dulce amenidad me llaman.
Salve, repuesto valle: el sol ardiente
Me hirió al venir, y fatigado el pecho
Late anhelante y con dolor respira.
Acógeme en tu seno: que tu yerba
Verde, abundosa, á mis cansados miembros
Sirva de alfombra: que el murmullo blando
Del grato arroyo en agradable sueño
Me envuelva y me regale; y que sacuda
Favonio en tanto el delicioso nectar

De su frescura, y mi sudor enxugue.
¡Ah! que ni aquí del velador cuidado
El tósigo alcanzó, ni las espinas
Del miedo agitador su punta emplean.
Todo es sosiego: al despertar, las aves
Con su armónico acento en mis oidos
Los ecos llevan del placer: las auras,
Árboles, cielo y arroyuelo, y prado,
Todo me halaga, y á mi vista rie.
Mientras la fuente retirada y pura
Me ofrece el cáliz de sus ondas frias
Á mitigar mi sed; y yo embebido
Con himnos mil en mi delirio ciego,
Á sus graciosas Náyades imploro.

¡Oh Gesner! ¿donde estás? ¿tú á quien desnuda,
Llena de gracia y de inmortal belleza
Natura se mostró? ¿tú que inspirado
Fuiste de la virtud? ¿tú que en las selvas
La paz y la inocencia y los amores
Tan dulcemente resonar hacias?
¡Divino Gesner! ven; lleva mis pasos,
Y enséñame á gozar. Contempla el suelo

Qual nuestra planta engaña, y quan hermoso
Se hunde aquí, se alza allá, forma ora un llano,
Despues un seno: á la alameda vuelve
La vista embelesada, y mira en ella
Las gracias revolar; ve la ternura
Con que al abrigo del robusto padre
Del recio invierno y rigoroso estío
Los pequeñuelos árboles se amparan.
Pregunta al blando céfiro, que vuela
En sus copas dulcísimas moviendo
Los sones del amor, quantas zagalas
Asaltó aquí festivo, y quantas veces
De su recato virginal burlando
Besó su frente, y se empapó en su seno.
Pídele los tiernísimos suspiros
Que llevados en él por esta selva
Andan vagando, y las querellas tristes
Que el eco sordamente repetia.

Dímelo, ó dulce fuente, asi tu curso
Siempre abundante y puro, coronado
Eternamente de verdor se vea;
Las veces, di, que el amador inquieto

Sus ansias vino á consultar contigo.
Aquí en tus verdes márgenes sentado
Tal vez se vió de la beldad que ansiaba
Gratamente acogido, y tal vez ella
Tímida, tierna, de rubor teñida,
Le declaró su amor, y de sus ojos
Se escapó alguna lágrima que en vano
Luchó por contener: allá mas lejos,
Dentro de aquella gruta solitaria
Que guarda el olmo en cavidad sombría,
¡Quien sabe si el placer!.... ¡Oh ameno valle!
No temas, no, que á revelar se atreva
Mi lengua tus misterios silenciosos:
Basta la envidia en que encender me siento,
Basta el encanto en que tu amor me inunda.

¿Y tú tardas, Nicasio? ¿y con tan puros,
Tan mágicos placeres te convida
El campo, y tú le esquivas? Corre, vuela
Antes que el año en su incansable curso
Lleve al verano y al verdor consigo.
Cuidadoso el jardin te guarda flores;
Ven á gozarlas; si se agosta alguna

Yo con los ojos del dolor la sigo,
Y pienso en tí que su esperanza engañas.
Huye con pie veloz esos lugares,
Digna morada de los tigres fieros
Que los habitan: do respiran solo
El negro horror que en sus entrañas ceban:
De donde huyó el sosiego, huyó por siempre
La dulce confianza: el pensamiento
De la opresion sacrílega amagado
No se atreve á romper el claustro obscuro
En que le hundió el temor; y las palabras,
Quando son de virtud, sordas, temblando,
Do quier hallar con la maldad recelan.

¡Oh pechos sin virtud! jamas preciáron
Los campos y las selvas que enmudecen
Quando sus plantas con desden las huellan.
Sí, que el sublime y celestial lenguage
De natura entender solo fue dado
Á la inocente sencillez, y en ellos
Los vicios solo y crímenes se albergan.
Huye de ellos, Nicasio, y presuroso
Ven á acogerte á mi apacible asilo:

Los árboles no venden, los arroyos
No aprenden á mentir: sereno el ayre,
Sereno el cielo, á respirar te brindan
En grata libertad: aquí segura
Podrá tu mente en sus grandiosas alas
El vuelo descoger: ora en los valles
Perderáste embebido: ora sonando
Tu lira de oro invocarás las Musas,
Y las Musas vendrán; ellas amigas
Del campo siempre y soledad han sido.
Y en tanto que suspensa, embelesada
La esfera atienda á tu sublime canto,
Yo templando la cítara á tu exemplo,
Mi humilde acento ensayaré contigo.